llon y se come en un año las rentas de dos. El jornalero que ántes vivia con seis reales, necesita ocho ó diez, y aun así no alcanza á cubrir sus necesidades, parte porque quiere mas goces, parte porque todo se ha encarecido.

¿Ha ganado, pues, ó ha perdido el jornalero? ¿Ha ganado ó ha perdido el pobre de chaqueta, que no siempre halla trabajo y cuando lo halla no alcanza su producto para atender á sus necesidades, ni satisfacer goces que ántes no codiciaba?

Pero dejando á un lado al pobre que puede trabajar y no quiere trabajar, y al que trabaja poco y mal, y al que trabaja bien, pero que tiene vicios y adolece de políticomanía, entrémos á decir algo acerca del pobre que puede y quiere trabajar y no halla donde trabajar, que es el mas digno de lástima y aprecio. Los otros tres tienen culpa, y en la culpa llevan la penitencia: éste no tiene culpa alguna, y con todo eso padece y sufre.

Al decir que no tiene culpa, claro está que se habla en general; pues ¿quién podrá decir que no tiene culpa? Pero éste al fin no es holgazan, ni tiene los vicios ostensibles que en el otro hemos hallado, y que dan lugar á que se le cierren los talleres, aunque haya trabajo que poder darle.

Esta especie de pobres abunda hoy mucho en España, y no solamente en España, sino en Francia, Bélgica, Prusia, Italia, y aun más en los países fabriles que en los industriales. ¡Quién habia de decir que habia de llegar el caso de que los hubiera en los Estados-Unidos, y con todo, las noticias que llegan de aquel país, y que acabamos de consignar, nos manifiestan que tambien allí se ven acometidos de esta desgracia, y que falta el trabajo durante este pavoroso invierno! A pesar de eso, miéntras millares de nuestros semejantes perecen de hambre en este momento, y en ambos hemisferios, el caballero de la tenaza y el economista de tripallena, que no tienen entrañas para socorrer á un infeliz que perece de hambre y no halla trabajo, se burlan de la sopa de los conventos y de la *gandinga del Obispo*.

Detengámonos un momento aquí, y apartemos la vista con horror y desprecio de este sibarita egoista, y fijémosla en el pobre sin trabajo, para examinar alguna de las causas de esta situacion; y conociendo el mal, procurar el remedio con respecto á España, que es lo que nos importa.

Al regresar uno á España desde Francia, y sobre todo en los meses de Julio, Agosto y Setiembre, desde que pone los piés en Bayona, cree estar en España. Oye hablar en español casi más que en francés. Allí y en Biarritz, en Aguasbuenas y en otros varios puntos fronterizos encuentra centenares de españoles, que viven con la mayor

len no pocos detractores de la sopa de los conventos, al paso que con sus vicios empujan á nuestros obreros á la sopa del hospicio.

En el momento en que el español regresa á su patria y cruza el Vidasoa, principia á ver ya desde el primer kilómetro tierras incultas y eriales aun en las provincias Vascongadas, á las que no se puede culpar de desidiosas; y miéntras uno á vista de nuestros páramos y vastas llanuras incultas recuerda que las landas de Francia están ya utilizadas y se ha hecho productivo un terreno al parecer improductivo, ve rodeadas las estaciones de mendigos, de jornaleros sin trabajo y de hombres que le alargan la mano, diciendo que no tienen trabajo, pidiendo una limosna para *un pobre que no halla donde trabajar.* ¡Que no se halla en España donde trabajar! cuando aquí casi todo está por hacer, cuando la mitad de nuestro suelo se halla inculto y espera que venga la mano del hombre á sacarle de la inercia en que yace desde principios del siglo V, es decir, hace catorce siglos y medio.

—Pero nuestro país carece de aguas. Claro está, y carecerá más cada dia, segun vamos talando nuestros montes y nuestros bosques seculares. Por otra parte, por medio de los pozos artesianos se hace brotar manantiales en medio de los arenales de Africa. Con lo que se gasta en

Biarritz durante un verano por nuestras aristocracias y por muchos que no son de ninguna aristocracia, pero que tienen mas vanidad y sensualismo que los individuos de aquellas, se podian abrir muchos pozos artesianos, y reducir á cultivo millares de hectáreas hoy eriales é incultas.

En ellas se ocuparian millares de brazos, y se evitaria la aglomeracion de esas falanges de mendigos válidos que infestan nuestras capitales, demandando un trabajo que allí no encuentran, y siendo un peligro continuo para la propiedad y el órden público.

—Pero esos males vienen de muy atrás: este es el funesto legado que nos queda del tiempo de la sopa.

La contestacion á este cargo merece ya capítulo aparte. Pero ántes de pasar á examinar la desamortizacion y sus resultados hasta ahora, quede consignado:

1.º Que desde la supresion de los conventos acá se ha desarrollado el pauperismo horrorosamente.

2.º Que el número de acogidos en nuestros establecimientos de beneficencia es diez veces mayor que lo era hace cuarenta años, y por tanto, que al suprimir la sopa de los conventos, el Estado ha tenido que aumentar la suya en los hospicios.

3.º Que el lujo y el sensualismo han aumentado en proporciones horribles, haciéndonos tributarios del extranjero, sacando multitud de millones de nuestra patria en perjuicio de la agricultura, la industria y el comercio, y aumentando el fraude y el contrabando, y matando el verdadero patriotismo.

4.º Que hoy dia se van despoblando los campos, y llenando de mendigos y pobres jornaleros sin trabajo los grandes centros de poblacion.

5.º Que esto no sucedia en los tiempos anteriores, y por tanto, no hay razon para que los culpemos de lo que no hicieron ellos, sino que reconozcamos nuestras culpas económicas y procuremos enmendarlas, guardándonos de *tirar piedras al tejado vecino*.

§ XII.

CONSECUENCIAS DE LA DESAMORTIZACION.—AUMENTO FICTICIO DE RIQUEZA.—DESPOBLACION DE LOS CAMPOS Y AGLOMERACION DE LOS POBRES EN LAS CAPITALES.

Al hablar de la desamortizacion eclesiástica en el siglo pasado y en el presente, se nos demostraba, casi matemáticamente, que con la desamortizacion iban á correr por nuestra patria las aguas del Pactolo y raudales de oro en polvo, de modo que no habria mas que llegar y cogerlo. La desamortizacion en España cuenta cien años de antigüedad: la preparó Campomanes. Principió la desamortizacion por los jesuitas, y desde su expulsion en 1767. Los bienes de estos fueron desamortizados, aunque, por el bien parecer, los edificios se destinaron al culto, instruccion ó beneficencia. Tocó luego á los colegios mayores, los de hospitales y capellanías; luego los de los frailes, las monjas, los patronatos y memorias pías; despues á los del clero secular, y por último á los de propios y municipios, y por fin á los del real patrimonio.

Todavía no han llegado las aguas del Pactolo hasta nosotros. Todos claman por *economías* y buscan las *econotuyas;* y un dia y otro dia se rasca y se rasca el presupuesto, á la manera que el judío va limando un poquito las pesetillas y escudos que pasan por su mano, á fin de obtener unas particulitas casi imperceptibles de plata. De esto á los auríferos raudales de la tierra prometida, hay mucha distancia.

Aun queda mucho por hacer, dicen los partidos que se dicen progresistas.

Todavía, nosotros en el poder, hallariamos medio de hacer dinero, porque, sobre no pagar al

opulencia, con mas lujo y prodigalidad que en España, por mejor decir, al reves que en España, pues economizan aquí para derrochar allá. Segun cálculos formados allí por persona imparcial y de toda mi confianza, no bajan de *treinta los millones* que nuestras aristocracias (no culpemos solo á la de nacimiento) disipan todos los veranos en aquella tierra; esto, además del contrabando inmenso que introducen y del surtido de ropas para todo el año. Si calculamos en cuarenta millones el derroche que allí se hace por todos conceptos, no solamente no se hallará exagerado, sino que ántes bien lo hallarán corto los que lo conocen á fondo. El dicho vulgar de «que las calles de Biarritz se podrian empedrar con plata de España,» es una verdad. Estos cuarenta millones son robados anualmente al comercio, á la agricultura y á la industria española. No hablo aquí de esa zona de Aragon, tierra en otro tiempo de honradez, probidad y virtud, convertida hoy en tierra de maldicion y de latrocinio: de latrocinio, sí, pues entre el ladron y el contrabandista no hay apénas diferencia, diga lo que quiera la moral relajada y casuística que se va introduciendo. Esto no lo habia ántes, esto hay que registrarlo como especialidad de nuestra época y en este capítulo. Preciso ha sido declarar ese país en estado de sitio como ahora lo está.

Pues bien: todos estos millones que el lujo estúpido, el sensualismo, la falta de patriotismo verdadero y el contrabando, su auxiliar infame, arrebatan á nuestros campos, á nuestros talleres y á nuestro comercio, son una de las causas mas poderosas de nuestro actual malestar, de la falta de trabajo, de la ociosidad forzada á que hoy se ven condenados muchos millares de españoles. Para mí y para toda persona cristiana y sensata, el que fomenta el contrabando es mas criminal que el contrabandista: es el verdadero contrabandista. Entre un diez veces excelentísimo señor y treinta veces ilustrísimo, etc., etc., que se deja todos los años en Francia diez ó doce mil duros, sacados ó ganados en España, Dios sabe cómo, y que ademas entra todas sus compras de ropas, muebles y otros objetos de contrabando, defraudando al Estado diez ó doce mil reales, y el contrabandista que los introduce, estoy por el contrabandista. Este quizá no existiria sin aquel; éste arriesga su vida ó su libertad por ganarse unos reales; el otro sibarita, lleno de dinero, roba por robar, mata la prosperidad del país por capricho, y es traidor á la patria sin necesidad, por vicio y sensualismo.

De entre estos sibaritas, ladrones del Tesoro, traidores á la patria, verdugos de nuestro comercio y nuestra industria por varios conceptos, sa-